

TRANSFORMADOS PARA TRANSFORMAR

14 DE ENERO 2018

POR: REV. JAVIER ULLOA C.

COMO PRIMICIAS DEL SEÑOR

SANTIAGO 1:16-18

Promesas es una de las palabras claves en el lenguaje del amor. Prometer es empeñar uno a la vez su poder y su fidelidad, proclamarse seguro del porvenir y seguro de sí mismo, y es al mismo tiempo suscitar en la otra parte la adhesión del corazón y la generosidad de la fe. Dios en su manera de prometer, en la certeza que posee de no decepcionar jamás, revela su grandeza única y su amor inigualable. Para él prometer es ya dar, pero es en primer lugar, dar la fe que es capaz de esperar que venga el don; y es hacer, mediante esta gracia al que recibe, capaz de dar gracias y de reconocer en el don el corazón del Dador. Como escribió un teólogo: “Dios no tiene como nosotros un bote de basura donde echar los desechos”. El nos ha prometido a todos el don de la vida y lo aceptamos porque con él somos felices, y con él podemos hacer siempre algo nuevo.

Pero al amor se le corresponde con el amor, ni más, ni menos. Por eso la pregunta que deberíamos hacernos como iglesia en este segundo domingo del año: ¿Cómo le correspondemos al Señor por su fidelidad y por el cumplimiento generoso de sus promesas? O en otras palabras: ¿Qué pide Dios de nosotros? ¿Qué es aquello que alegra su corazón de parte de nosotros? A mí no me preocupa lo que puedan pensar de mí los que no me quieren; pero si mis amigos pensarán mal de mí, eso sí me haría sufrir; porque siendo mis amigos, eso significaría que hay una pizca al menos de verdad en lo que piensan. Los pensamientos de los verdaderos amigos son espejos. Así es Dios, él no sufre por lo que piense de él el maligno; pero si es distinto cuando se trata de sus hijos e hijas ¿Lo que hacemos respecto de él, expresa lo que pensamos de él? Venimos a la iglesia, le alabamos, oramos, meditamos en el mensaje de la Biblia; pero quizá, en voz baja, sin palabras, pensamos otra cosa muy distinta de él; y esa es la peor cruz que se puede sufrir, los malos pensamientos de los amigos. Jesús le dijo en una ocasión a sus discípulos: “Ustedes son mismo amigos si hacen lo que yo les mando. Ya no los llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; los he llamado amigos, porque todo lo que a mi padre le oí decir se los he

dado a conocer a ustedes” (Jn.15:14,15). Así son los amigos. Se adeudan mutuamente la ternura y las palabras de aliento y el abrazo, el compartir la factura que nos presenta la vida paso a paso. Jesús nos hizo sus amigos no porque somos perfectos, sino porque somos amigos, que es el todo, porque es obra de su amor.

Cuando uno da una cosa, está expresando lo que piensa del que recibe el regalo. Le damos agua a la planta, porque sabemos que a la planta le gusta el agua. Le damos alpiste a un pajarito porque sabemos que le gusta el alpiste. Lo mismo sucede con nosotros los seres humanos, regalamos algo a alguien que deseamos de todo corazón le guste. Cada regalo dice al otro lo que pensamos de él o de ella, y entre más sencillo sea mejor, porque lo sencillo no esconde nada. El amor y la amistad sencillos nunca esconden nada. Jesús lo dijo: “Los amé hasta el final”, así de sencillo como fue toda su vida, les daba poco, a los ojos de otros, pero ese poco lo era todo. Dios también merece regalos, también quiere alegrarse. Regalos para hacer sonreír de felicidad a Dios, para hacer que Dios vuelva a ser como un niño. El regalo que doy debe ser la realización del deseo de Dios y del prójimo ¿Y cuáles son los deseos de Dios, si hemos de dar crédito a los regalos que le ofrecemos? ¿Qué dicen esos obsequios sobre el carácter de Dios, sobre su corazón, sus anhelos y lo que espera de nosotros y de Shalom?

SOMOS RECEPTORES DE LAS PRIMICIAS DEL SEÑOR

Santiago nos dice algo acerca de lo que Dios es como primicia para sus hijos e hijas. “Dios es padre de las luces”. Padre, como expresión de una relación íntima de amor y de firme confianza. Es primicia de la creación (Dt.32:6), primicia que sustenta la vida (Is.64:8), primicia que redime (Is.63:16). Jesús le reconoce como primicia que se preocupa por sus criaturas (Mt.6:23). Por eso Jesús se declara su Hijo. “Mirad cuánto nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1ª Jn.3:1). Pero también, Jesús es primicia de Dios para nosotros: “Y aquel verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como la del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Jn.1:14).

Para Santiago Dios es: “Padre de las luces”. Job le llamaba Padre de la lluvia (38:28), Pablo le llamaba “Padre de misericordias” (2ªCor. 1:3); y “Padre de Gloria” (Ef.1:17). Así como la luz es indispensable para la vida, así es Dios para nosotros. Es primicia que ilumina nuestras vidas, es corona de vida que nos capacita para andar con felicidad y dignidad, así como, ser capaces de vencer la tentación del mal que solo da cabida al dolor y desdicha ¡Su regalo es de vida! La misión de Dios es producir un

nuevo tipo de creación a través de su palabra de verdad (v.18). Por eso Jesús dijo: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn.8:12). De allí que la evidencia de la bondad de Dios se ve en las primicias de sus criaturas, es decir, en aquellos y aquellas que han asumido como propio el regalo de su presencia. ¿Por qué nos ha dado esta primicia Dios? Porque nos ama y porque desea que seamos primicias suyas en un sentido literal, real y generadora de frutos que alegren el corazón de Dios y el de los hombres y mujeres.

Los regalos de Dios son buenos, sus dádivas y sus dones son perfectos, y éstos proceden de su amor apasionado por cada uno de nosotros, porque nos mira con otros ojos y desea regalarnos cada día lo mejor de él para alegría nuestra, para consuelo en la tristeza y animo frente a los dilemas cotidianos. Su Palabra, su Espíritu, su presencia son primicias de su gracia, que aceptamos con todo gusto. Pedro dijo en la casa de Cornelio, que Jesús pasó tres años haciendo el bien y sanando a todos los que estaban bajo el poder del mal (Hch.10:38). Se acerca a los pecadores y come con los rechazados por la “gente de bien” (Lc.5:29); los recibe y les otorga la gracia de Dios; deja que se acerquen, que laven sus pies y los besen, como aquella mujer que suscita un escándalo en la casa de Simón el ex-leproso (Lc.7:36); defiende a la mujer a punto de ser apedreada, y la deja ir en paz: “desde ahora en adelante no peques más (Jn.8:11). Tiene compasión de las multitudes que son como ovejas sin pastor, les habla del reino de Dios y, cuando se da cuenta que necesitan pan, se conmueve y lo multiplica para ellas, para que no desfallezcan (Mt.14:13). En Naim encuentra un cortejo fúnebre. Un joven, único hijo de una madre viuda, era conducido al sepulcro. “Al verla, tuvo compasión de ella, y le dijo: “No llores”. Y acercándose tocó el féretro. Los que lo llevaban se detuvieron, y él dijo: “Joven a ti te digo: levántate”. El joven se incorporó y se puso a hablar, y se lo dio a su madre (Lc.7:13-15). Acariciaba a los niños, les imponía las manos, los abrazaba, los curaba y consolaba a sus familias. Consoló a Martha y María al resucitar a su hermano y al amigo, Lázaro. Reconfortó a Pedro con una mirada de amor luego de su negación, y Pedro lloró amargamente (Lc.22:62). Mostró su amor por todos; los llamó hermanos sin ninguna vergüenza.

Pero además, sus primicias nos vienen a través de sus hijos e hijas, de nuestros hermanos. Somos regalos para nuestros hermanos porque sabemos que el amor de Dios está sembrado en cada vida para compartirse, para ofrecerse con generosidad, para alegrar los corazones, para recibir esperanza. Porque juntos estamos integrados en Jesucristo, nuestro hermano mayor (Heb.2:11). Dios nos revela sus primicias a

través de ti y de mí para alegrar el corazón de nuestros hermanos y hermanas. Y si cada regalo dice lo que pensamos del otro; entonces, en Jesús tiene que decir lo mejor y desear lo mejor para mi hermano.

¿Quién no ha recibido una primicia de un hermano o hermana? Una palabra, una oración, un abrazo, una enseñanza, una ayuda solidaria, una compañía en tiempos difíciles. Cómo olvidar a tantos hermanos y hermanas que han sido un regalo de Dios. Algunos todavía lo siguen siendo y otros ya no están con nosotros, pero en su tiempo fueron una primicia del Señor que lo agradecemos profundamente, porque de ellas nos sostuvimos, aprendimos, nos gozamos y nos llenamos de esperanza para seguir creyendo en Dios y en el amor de su Hijo Jesucristo, y en el amor humano. Alguien dijo una vez. “Si alguien me quiere, no está en su cabal juicio”. Bueno, pudiera ser. Pero los regalos de Dios que recibimos de los hermanos son más que un gesto de emoción interna, son actos que transmiten el amor de Jesús por nosotros, amor por cierto, que tiene un poder transformador. Este es el gran tesoro de la fe que sólo se adquiere y se cultiva en la medida en que la ofrecemos y la compartimos ¡Somos primicias de Dios para nuestros hermanos y para el mundo! Quizá no puedo darte soluciones para todos los problemas de tu vida, ni puedo evitar que tropieces, pero si puedo ofrecerte mi mano para que te sujetes y no caigas. Ni tengo todas las respuestas para tus dudas o temores, pero puedo escucharte y compartirlo contigo. No puedo cambiar muchas cosas, pero cuando me necesites estaré junto a ti. No puedo evitar todos tus sufrimientos cuando una pena te parta el corazón, pero puedo llorar contigo y recoger los pedazos para armarlo de nuevo. En el nombre de Jesús podemos convertirnos en regalos de vida para otros más.

“La niña miraba al abuelo escribir una carta. En un momento dado le preguntó: ¿Abuelo, estás escribiendo una historia que nos pasó a los dos? ¿Es, por casualidad, una historia sobre mí? El abuelo dejó de escribir, sonrió y le dijo a la nieta: Estoy escribiendo sobre ti, es cierto. Sin embargo, más importante que las palabras, es el lápiz que estoy usando. Me gustaría que tú fueses como él cuando crezcas. La nieta miró el lápiz intrigada, y no vio nada de extraordinario en él, y preguntó: ¿Qué tiene de especial ese lápiz? El abuelo le respondió: Todo depende del modo en que mires las cosas. Hay en él cinco cualidades que, si consigues mantenerlas, harán siempre de ti una persona feliz y que vive en paz con las personas. Primera cualidad: Puedes hacer grandes cosas, pero no olvides nunca que existe una mano que guía tus pasos. Esta mano la llamamos Dios, y él siempre te conducirá en dirección a su amor. Segunda cualidad: De vez en cuando necesitas dejar lo que estás escribiendo y usar el

sacapuntas. Eso hace que el lápiz sufra un poco, pero al final, estará más afilado y listo para seguir haciendo lo suyo. Por lo tanto, debes ser capaz de soportar algunos dolores, porque te harán mejor persona. Tercera cualidad: El lápiz siempre permite que usemos una goma para borrar aquello que está mal. Entiende que corregir algo que hemos hecho no es necesariamente algo malo, sino algo importante para mantenernos en el camino del bien. Cuarta cualidad: Lo que realmente importa en el lápiz no es la madera ni su forma exterior, sino el grafito que hay dentro. Por lo tanto, cuida siempre de lo que sucede en tu interior. Quinta cualidad: Siempre deja una marca. De la misma manera, has de saber que todo lo que hagas en la vida, dejará trazos. Por eso intenta ser consciente de que cada acción que realices deje huellas de amor.” Somos huellas del amor de Jesús, que marcarán la gran diferencia en la vida de quienes las reciben.

SOMOS PRIMICIAS DE DIOS PARA EL MUNDO

“Para que seamos primicias de sus criaturas” ¿Con qué alegramos el corazón de Dios? Si hoy te preguntaras: ¿Qué regalo le puedo hacer al Señor y que sé que le alegrará su corazón, porque le conozco personalmente? ¿Qué le darías? ¿Qué le daríamos como iglesia? El profeta Miqueas nos dice que a Dios le agradamos cuando hacemos justicia, cuando amamos misericordia y cuando nos humillamos ante él (Miq.6:6-8). Es verdad, una regalo que alegraría el corazón de Dios es que todos construyéramos relaciones justas, que miremos y actuemos con generosidad ante la necesidad humana, y que caminemos humildemente con el Señor todos los días. Pero también, Dios se agrada de las pequeñas cosas que se rinden a él, así como la espiga de trigo se rinde ante el sol todos los días. Tu propósito de tener un buen día, tu trabajo que como ofrenda lo entregas al Señor, tus caricias ofrecidas a tu familia y hermanos, tus cuidados con el medio ambiente, el testimonio que podemos dar a la gente que necesita el impacto transformador del amor de Dios. Hoy voy a tratar con dignidad a mi familia y mi prójimo. Hoy voy a poner mi voz para alabarle; hoy voy a ser generoso con un hermano que está en necesidad; hoy voy a leer tu Palabra poniendo todo mi corazón en ello, hoy voy a orar por mis hermanos, hoy voy a compartir tu mensaje a alguien lo necesita. Hay tantas cosas que le podemos regalar a Dios como primicias de nuestras vidas consagradas para alegrar su corazón y el corazón de un amigo y de un extraño. “¡Gracias! le dice el árbol a la lluvia cuando recibe el don inapreciable de su visita. ¡Gracias! Te doy al reconocerte a mí lado en el

camino de la verdad, la vida y la amistad” ¿Y por qué no, si somos primicias de Dios y para Dios y el prójimo? **Amén**